

El pobrecito allí está parado en vano,
en vano esfuerza su voz

Acaso morirá. Viendo esto - ¿llegarás a saber
cuánta belleza hay en el mundo?

Poema sin título de Zdeněk Ohrenstein (10/1/1929 - sobrevivió).¹²

Estos dibujos y poemas dan una primera forma textual a lo sin nombre, ahí donde el lazo social implosiona, donde la historia falla y la memoria se fracciona. La posibilidad que ofrece un libro como este queda expresada en la intención de sus editores:

No obstante, sus dibujos y poemas nos hablan; estas son sus voces que se han conservado, voces de recuerdo, de verdad y de esperanza.

Los publicamos no como secos documentos, sacados de entre miles de testigos de un mar de sufrimientos, sino para honrar la memoria de quienes crearon con el color y la palabra. Probablemente, de esta forma lo habrían deseado los mismos niños, cuando con su ayuda vencieron la muerte.¹³

Se trata, finalmente, de la imperiosa necesidad de reflexionar e investigar constantemente en relación a estas problemáticas, en donde encontramos un camino ineludible para poder construir futuro. En este libro reconocemos, no solo lo relevante que pudo ser para ellos en cuanto sobrellevar su cautiverio, sino el acto de restitución implícito para todos como Humanidad.

12 *Ibíd.*, p. 77.

13 *Ibíd.*, p. 11.

Pablo Cabrera

El Informe de Brodeck, de Philippe Claudel, podemos leerlo como un intento de mostrarnos, a través de una ficción, lo real de experiencias extremas relacionadas con los campos de concentración. Este libro, sin embargo, trabaja de manera cuidadosa dos elementos propios de la clínica de lo traumático: el acto de la traición y la invención de una salida frente a las inscripciones de las experiencias traumáticas. Nos referimos así a la “invención” posibilitante y condicionante de una restitución, o lo que llamaremos al final de este texto la “generación de una estela de olvido”.

Claudel trabaja un relato que oscila entre el fragmento y la composición. Informa la textura que adquiere la memoria traumática de la que habla Davoine y Gaudillière, luego de ponerse en acto la desmentida de un sujeto sobre otro.¹ Pero Claudel hace también indicaciones muy precisas de la función de la “marca” y el “lugar” en el territorio del cuerpo individual y social, desde las cuales efectuar la construcción en análisis. Esas marcas y lugares no solo constituyen la superficie sobre la cual se inscribe la historia, sino también abren la posibilidad y dejan a resguardo los restos y pedazos con los que el sujeto tendrá que componer un espacio para el trabajo del recordar.

El caso

Brodeck es presentado como un extranjero. Ese que tiene las marcas del que viene de afuera. Un individuo que en los tiempos

1 F. Davoine y J.-M. Gaudillière. *El acta de nacimiento de los fantasmas* (2010). Córdoba: Fundación Mannoni, 2012.

de crisis delata su lugar de extranjería con todo aquello que, si bien no tiene nombre, se nombra por su sola presencia. Los términos *fremdër* y *anderer* se yuxtaponen para encontrar sentidos dentro del texto: el otro, piojoso, extranjero. El color de la piel, el acento y la voz, la contextura y posición del cuerpo, el rasgo y el nombre. “Me llamo Brodeck y no tuve nada que ver”.² Es un *fremdër* para “otro”, al igual que el *Anderer*, un personaje asesinado al que se lo nombra tal cual, sin un nombre. *Fremdër* y *Anderer* son los lugares del afuera o un no-lugar en el ideal comunitario que re-edita las heridas narcisistas de la diferencia.

Brodeck es parte de esa mar de niños desamparados que deja la guerra. Niños que sobreviven por azar y por la presencia, en medio de la nada, de alguien que los reconoce en tanto niños. Desde esta condición, Brodeck será rescatado de esas ruinas y re-ubicado en el campo cultural.

No sé si Fédorine conoció la juventud... Siempre la he visto torcida y encorvada, arrugada como un níspero... Hasta cuando era niño y me recogió... Yo me encontraba delante de una casa en ruinas que aún humeaba un poco. ¿Sería la de mis padres?... Contaba con cuatro años y estaba solo. Era el principio de otra guerra. Fédorine había pasado tirando de su carreta. Me vio. Se detuvo. Rebuscó en su alforja y sacó una hermosa y reluciente manzana roja. Me la tendió.³

Ella lo introduce en el mundo humano. Posteriormente se hará parte de un pueblo, aprendiendo su cultura y su lengua. Trabaja junto al maestro de ese lugar, Diodème. Por medio de él, será elegido para ir a la ciudad a seguir estudios universitarios. Así llega a conocer la lengua y su uso. Habla y escribe... piensa.

Los momentos que antecedieron a la Segunda Guerra Brodeck los vivirá estando aún en la ciudad. Observa los saqueos y la violencia, así como el miedo y lo que no encuentra lugar.

² P. Claudel. *El Informe de Brodeck*. Barcelona: Ed. Salamandra, 2010.

³ *Ibíd.*, p. 24.

De vuelta en su pueblo, esa descomposición del lazo social y del cual fue testigo, ahora la experimentará con la llegada de los alemanes. Pasarán pocos días antes de un primer asesinato y que a él mismo lo traicionen enviándolo de regreso a aquel lugar del que no se vuelve, tal como le recordará Fédorine a su vuelta. Porque volvió!. ¿Volió?

El comienzo del fin, los lepidópteros y la traición del Otro

El capitán Buller introduce así la nueva ley social, luego de decapitar a Cathor frente a todo el pueblo, en el que todos tuvieron que estar presentes.

Esto es lo que le ocurre a los que tienen ganas de jugar. Pensad en ello vecinos de este pueblo, ¡pensad en ello! Y para que podáis pensarlo con calma, el cuerpo y la cabeza de este *Fremdër* se quedarán aquí. ¡Prohibido enterrarlo, so pena de correr la misma suerte! Una recomendación: purificad vuestro pueblo. No esperéis a que lo hagamos nosotros.⁴

Así, la angustia ante el aniquilamiento de la vida precipita lo *evitable*. Buller se reúne con Orschwir, el alcalde y Diodème, el erudito y amigo de Brodeck.

Buller relata una fábula. Una variedad de lepidópteros tienen un comportamiento ejemplar cuando está en juego la sobrevivencia. Las *Rex flamae* viven en grupos y aceptan otros tipos de mariposas. Cuando aparece un depredador, se alertan solo entre sí, se repliegan y se salvan, mientras las extranjeras, las *fremdër*, son devoradas. La muerte de ese otro, permite la vida del grupo. Porque —dice Buller:

—...en cuanto surge un peligro y la integridad y la supervivencia del grupo está en juego, no dudan en sacrificar a quienes no son de los suyos... La única moral que prevalece es la vida. Solo los muertos se equivocan.⁵

⁴ *Ibíd.*, p. 199.

⁵ *Ibíd.*, p. 206.

Unas horas después, Buller recibía una lista en la que se encontraba el nombre de Brodeck y de Frippman.

Será la "Hermandad del Despertar" la que escribirá sus nombres en una hoja. Pero agrega:

Diodème también estaba. En su carta me jura que no formaba parte del grupo... ¿Y eso a quién le importa? ¿Qué más da si era la primera vez o la última? Diodème no cita los nombres de los miembros. Solo el número. Eran seis además de él.⁶

Diodème, para Brodeck, claramente se constituye en un subrogado de su figura paterna. A través de él se introdujo en la cultura. Será el mismo Diodème quien llegará a su casa el día de la decapitación de Cathor, para advertirle: "...el capitán nos ha amenazado. Ha dicho que tenemos que "purificar el pueblo" "Sabes que [fremdër] también significa extranjero", "¿y tú, Brodeck? ¿y tú?".⁷ Es por eso que su advertencia nos indica un abandono de un orden fundamental. Reconoce el peligro y deja solo a Brodeck. Lo sentencia a muerte con su omisión, ya que en lugar de "actuar" se quedará en silencio para cerrar el pacto y el círculo con los lepidópteros. El grupo de semejantes opta por la sobrevivencia de los suyos haciendo pagar el precio al otro, al distinto. Diodème es el verdadero traidor. Es el que pudo hacer algo y prefirió el silencio. Lo sabe. De ahí su opción, cuando Brodeck ya está de vuelta del campo, resolviendo su culpa a través del suicidio y dejando una clave escondida para Brodeck.

Lo "exterminado" del "extermino".

Derrumbe y memoria traumática

Brodeck entrará en la "zona gris" que nos describe Primo Levi, incluso antes de terminar de hundirse en el campo de concentración y encarnar, en lo real, lo extremo del sometimiento y del sujeto reducido a su unidad mínima –respira. Observaremos la metamorfosis de Brodeck al transformarse en el *perro* del campo. El *perro-Brodeck* trabaja una condensación propia de la racionalidad

6 Ibidem, p. 207.

7 Ibidem, p. 201.

interna de los campos de concentración, de acuerdo con Arendt.⁸ El campo trabaja por la desaparición de la individualidad en el cuerpo. Su sentido es el inverso al que pone en curso el trabajo del pensamiento y de la cultura. Primero se borran los nombres y la historia, luego el sujeto moral y su relación al tiempo, hasta eliminar la solidaridad y la confianza en el otro al punto que el sujeto queda arrojado a su más completo desamparo, sin anticipación posible.

Transportado en un vagón junto a muchos "otros", sin espacio ni luz, sin agua ni alimento en una suerte de "negatividad pura", Brodeck entrará en un fuera-de-sí. Al quinto día en el tren, en un momento de locura y desesperación, Brodeck y Kelmar roban el agua a una joven madre y su bebé. Cuando ella despierta entra en cólera, golpea todo lo que hay a su paso. En sus gritos nos muestra lo que perdió. Muere junto a su bebé.

Así lo recordará una y otra vez Brodeck, como un pedazo de hielo que ha quedado en los movimientos de la repetición, sin salida ni entrada. Simplemente ahí, en el presente del espanto. Ese trozo lo acompañará en el campo y en el retorno al pueblo, ese mundo inquietantemente familiar.

Ese pedazo de hielo –la memoria traumática– que se repite, siempre con la misma intensidad, aparece en sus recuerdos cotidianos y hay una referencia particular a los sueños. Lo refiere de diversas formas:

Sabe lo del vacío negro que siempre reaparece en mis sueños.⁹

Las caras. Sus caras ¿Era otro de aquellos embrollados sueños que me arrojaban a un mundo sin puntos de referencia... ¿Dónde estoy?... ¿Es esto el infierno? ... ¿Qué pecado he cometido? Emélia, dímelo. Te dejé sola. Sí, te dejé sola.¹⁰

Brodeck nos muestra ese paso por el "afuera-de" en una experiencia límite, en la medida en que encarna un animal dentro del campo, un lugar de marginalidad dentro de lo marginado, tal

8 H. Arendt. *Los orígenes del totalitarismo*. Barcelona: Ed. Alianza, 2006.

9 Ibidem, p. 23.

10 Ibidem, p. 116.

como Michel Foucault señala el lugar de los locos durante el Gran Encierro, o Walter Benjamin al tratar el impacto de la guerra de trincheras en la humanidad de los soldados y su habla muda.

Los prisioneros lo señalan: “¡Eres peor que quienes nos vigilan, eres un animal, eres una mierda, Brodeck!”

Los ...guardias –Dice Brodeck– me repetían que ya no era un hombre.¹¹

El retorno. ¿Volver?

Una vez liberado del campo de concentración, retorna a su pueblo. Pero, ¿por qué vuelve? ¿A qué? ¿A dónde? ¿En qué dirección? ¿Quién retorna? ¿Se puede volver de una experiencia así nos preguntamos en la clínica de lo extremo?

A diferencia de varios de los relatos que nos muestra Giorgio Agamben, o el mismo Levi, Brodeck es de aquellos sobrevivientes-testigos que se vuelven mudos, sin decir ni querer testimoniar aquello que sucedió.

Sin embargo, en el texto hay dos líneas de sentido que pueden tomar peso y densidad, y a mi juicio, el sentido de este retorno da cuenta de algo que podremos comprender a posteriori. Primero Brodeck vuelve enloquecido. Lo hace simplemente porque el “hogar” de Fédodine y Emélia, es el único lugar cierto y verdadero del mundo de lo humano, en donde al término “mundo-de-lo-humano” debe permitírsele hacer sedimento en la experiencia del lector. Solo por esa vía podrá, antes que volver, restituir algo del lazo al Otro. Es una vuelta sin cálculo, sostenida en el recuerdo de una sentencia. En el encuentro *primero* entre Fédodine y Brodeck, casi no hay habla. Hay actos y reconocimiento. Ella le ofrece una manzana. Luego le señala: ¡Mira lo que queda de tu historia! ¡Mira bien porque nunca más volverás a este lugar! Del mismo modo, al ser separado por la fuerza de Emélia, ella grita una afirmación y con eso resguarda algo que quedará inmaculado en Brodeck: “¡Vuelve Brodeck! ¡Vuelve Brodeck!”. Es una sentencia que el infante encuentra entre los brazos y los pechos maternos, dejando un registro en la voz que calma, tal como el caminante avanza en la

11 Ibídem, p. 25.

oscuridad, nos dice Freud, y canta para aplacar la angustia, aunque sin saberlo, bordee el precipicio y la muerte.

En Brodeck tendrá más peso y densidad el juicio y el lazo erótico con el otro (Fédodine – Emélia) que la identificación heroica que le señala Kelmar antes de entregarse a su muerte. “Cuando vuelvas a tu tierra... piensa en mí. Y luego cuéntalo, dilo todo. Habla del vagón, habla también de esta mañana... habla de mí, habla por todos los hombres”.¹²

Brodeck responde: “Están muertos. Todos. Yo sigo vivo. Puede que no tuvieran ningún motivo para sobrevivir. Puede que no tuvieran ningún amor en lo *más profundo de su corazón o esperándolos en su pueblo*”.¹³

Brodeck sobrevive y vuelve por un lazo anterior, que se amarra en ese juicio de existencia, tal como plantea Roberto Aceituno.¹⁴ Luego, se encuentra con las marcas y los indicios de lo traumático y ya no dará vuelta atrás respecto a esas interpelaciones de la historia, hasta saldar unas deudas, atravesar esa violencia estructural de la traición del Otro y armar, generar, construir puntos de fuga.

Las marcas y la escritura

Ya de regreso, los hombres del pueblo le piden a Brodeck que escriba un informe. Es la historia de un asesinato. La petición es demandada por los mismos que lo sentenciaron al campo. ¿Qué piden? Que Brodeck selle el pacto, clause las huellas. Le piden que termine de hacer desaparecer al *Anderer*, y lo que hay de *Anderer* en él. “...me obligaron –dice Brodeck. Tú sabes escribir... Tú sabes escribir. Conoces las palabras y sabes cómo utilizarlas, como decir las cosas. Nosotros no sabemos... en cambio, tú hablarás y te crearán”.¹⁵ En este caso la creencia nada tiene que ver con la verdad. Ese será el dilema que enfrentará Brodeck en un riesgo inconmensurable que lo precipitará finalmente a tomar una decisión, *su* decisión.

Brodeck al comienzo no entiende por qué le piden el Informe

12 Ibídem, p. 60.

13 Ibídem, p. 25. [las cursivas son mías]

14 R. Aceituno. *Espacios de tiempo. Clínica de lo traumático y procesos de simbolización*. Santiago de Chile: Ed. Universidad de Chile, 2010.

15 Ibídem, p. 11.

a él, ni tampoco por qué él es el único excluido del asesinato del *Anderer*. Concluirá, sin embargo, que ambos dan cuenta del mismo fenómeno. Ellos son los que hacen hablar, en lo no dicho, la memoria de la Traición, de la Vergüenza, de la Humillación.

Así observamos que el *Anderer* revivió en unos dibujos boceteados de personas y lugares, la memoria exiliada de la historia traumática del pueblo. Son, nos indican, unos dibujos vivos. Muestran eso que todos saben, pero que nadie habla. Es la memoria muda de los pactos denegativos de la que nos habla René Kaës.¹⁶ Esa es la razón por la cual le piden el informe a Brodeck. Porque él es en sí mismo el monumento vivo de la traición, de la complicidad, del silencio, del daño.

Brodeck acepta y escribe. Se pasea por el pueblo. Pregunta, busca, recorre. “—¿Para qué los quieres? —Para el informe.—¿Para qué te remontas tan atrás”.¹⁷ Sigue las marcas de las inscripciones culturales de la memoria. Descubrirá en el cuarto de Diodème la carta que relata en detalle el modo en que se decide entregarlo a los alemanes así como su implicación en los hechos. Con esa carta se abrirán, al modo de un mapa, las sendas y los territorios de los hechos traumáticos del pueblo. Nada por interpretar y todo por construir. En un punto, encontrará el lugar del suicidio de Diodème así como las osamentas desaparecidas de las tres jóvenes violadas hasta la muerte. Esos hechos que se reiteran en el canto de Emélia, en su forma y repetición, al lado de su hija... la hija de la guerra.

Brodeck escribe y arriesga en lo que avanza, porque en cada descubrimiento, pieza por pieza, restituye algo de lo perdido de sí. Le preguntan. Le dicen. Lo amenazan. Él responde investigando, sin dejar lugar ni pregunta por señalar, pero al mismo tiempo forma una distancia diáfana respecto a lo avasallante de lo traumático, poniendo en curso el trabajo de pensamiento y elaboración.

Brodeck tiene el informe. Ha escrito dos. Ha entregado uno. Él lo sabe, y los otros también. Nadie reclama el informe ausente, y el Informe oficial es devorado por las llamas en la que lo deja caer Orschwir... sin siquiera mirarlo. Porque el reclamo pone en acto

16 R. Kaës. *La Institución y las instituciones*. Buenos Aires: Ed. Paidós, 2002.

17 *Ibíd*em, p. 182.

la pregunta ¿De dónde eres extranjero? ¿Estás dispuesto a pagar las cartas de ciudadanía de nuestra horda?

Orschwir toma el informe y lo echa al fuego frente a Brodeck.

—No puedes hacer eso.

—¿Por qué no, Brodeck? Soy el pastor. El rebaño cuenta conmigo para que lo aleje de todos los peligros y el recuerdo es uno de los más terribles.

—¿Has quemado unos papeles, no lo que tengo en la cabeza!¹⁸

Generación y fuga

Brodeck contesta en ese mismo registro. Actúa.

Las miré a las tres, a la niña pequeña, a la mujer joven y a la vieja abuela. Una dormía como si no hubiera nacido. La otra cantaba como si no estuviera allí. Y la tercera hablaba como si ya se hubiera ido...

Al cabo de unos instantes, con una voz extraña, como si no fuera la mía, respondí:

Nos iremos mañana.

Al final de la partida, dice Brodeck que ha enterrado eso que ya supo. Se dio vuelta a mirar al pueblo y “...no he visto nada... allí abajo no se veía ningún pueblo. El pueblo, mi pueblo, había desaparecido por completo. Y con él todo lo demás...”.¹⁹

En ese tránsito se ha pasado de un exceso de memoria a la *generación* de una salida, con lo cual se posibilitó una forma de olvidar.

Los latinos —nos recuerda Agamben— llamaban *Genius* al dios al cual todo hombre es confiado en tutela en el momento de su nacimiento. Hay una cercanía entre genio y generar. El lecho, el *genialis lectus*, consagra el acto de generación. “Y consagrado a *Genius* era el día del nacimiento... así como la fiesta y el sacrificio de las familias romanas. “Pero parece que, en sus orígenes, no había más que incienso, vino y deliciosas figazas de miel, porque *Genius*,

18 *Ibíd*em, p. 280.

19 *Ibíd* em.

el dios que preside el nacimiento, no gustaba de los sacrificios sangrientos”.²⁰

Esas fugas generativas las encontramos en Brodeck, así como en la figura de Sabina Spielrein en la película *Te Doy mi Alma*, de Roberto Faenza; en la investigación que hace un niño sobre la desaparición de su padre en *Viva la Muerte*, de Fernando Arrabal; o en el acto de escucharse mientras se lee para otro como lo hace Michel Berg en el libro *El lector*, de Bernhard Schlink. Me parece que en cada una de ellas se entrecruza la constelación de lo traumático, la violencia y traición del otro y la construcción de una salida en el advenimiento de la verdad de los sucesos, cumpliendo una doble condición de inscripción y de ligazón, en la realidad psíquica y en la realidad social, en el adentro y en el afuera, en el trabajo de re-elaboración del fort – da, en la tensión “entre” el Otro y la inquietante extrañeza, en donde lo insólito del *genius* ha vuelto a traer un resto simbolizable así como una estela de olvido.

COMENTARIOS EN TORNO A INVESTIGACIONES: LO TRAUMÁTICO, LA HISTORIA, EL SUJETO

20 G. Agamben. *Profanaciones*. Barcelona: Ed. Anagrama, 2005, p. 8.